

en fin; para morir en aras de alguna virtud ó en busca de algún bien; precisamente porque odiaba las falsedades de la etiqueta; los preámbulos fastuosos de la impúdica cortesía; por eso nunca conquistó cariño en los salones, porque no los frecuentaba; por eso no amó más que á los espíritus que se elevaban por encima de las congojas cotidianas, de los tristes reveses del tiempo, de las agonías pasajeras que forman los accidentes de la fortuna, y de las intrigas que engendra la más negra de las ingratitudes: el olvido. El amó, sí, con todas las potencias de su alma tan elevada como el ritmo universal de la creación; tan serena como los augustos mandátos del cielo, pues sólo prendió la efusiva inspiración de su numen, en el heroísmo implacable de un soberano, y sólo engastó la perla de su ingenio, en el pecho turgente de un noble; y sólo iluminaron sus noches las atrevidas concepciones del cálculo.

Este prohombre entre los literatos y matemáticos, nació en París, sin el amparo de sus padres, sin el murmurio de la familia; y sin el abrigo del hogar; pues apenas nacido, se le encerró en la obscura noche de la horfandad y se le hundió en el buhedal asqueroso de la ilegitimidad; sin el amor ardiente y el fuego de la pasión de la madre, tuvo empero, la amable caricia y el tierno afecto de su nodriza; sin el cariñoso halago ni el dulce arrebató de las emociones paternales, encontró en cambio, el suave arrullo de su madre adoptiva en el Santuario de la Caridad. Sin el delicado acento del corazón envejecido entre las santas ternezas; ni la nota melancólica del ho-